

# Ángela

por Antonio Buero Vallejo

La historia última de nuestra literatura es, todavía, la de nuestra vida. Una historia insistente, imborrable, a despecho de quienes -ayer- quisieron ignorarla o la repudiaron, y de los que -hoy- pretenden que sea, para el recuerdo y para la estética, agua pasada. Es la historia de nuestras letras acosadas, derrotadas pero no vencidas, bajo los largos años de la libertad abolida. Está hecha con las incontables voces que, contra la orden de callar, pugnaron por hacerse oír. Las que, conjugadas, formaban la voz entera de nuestro pueblo.

Todo ello conserva gran interés como fenómeno sociológico. sobre todo por el hecho de que, aún hoy, su análisis dista de ser completo y satisfactorio; como realidad artística requiere, todavía más, clarificaciones y precisiones valorativas que pongan a cada persona, a cada obra, en su sitio. No todas las voces, es claro, que formaron la gran voz no acallada eran igualmente valiosas ni necesarias; las que alcanzaron altas cotas en ambos aspectos fueron, no obstante, muchas más de lo que han estado dispuestos a reconocer los más severos opinantes. ¿Puede contarse la voz de Ángela Figuera entre esas voces preclaras?

Preguntarlo siquiera a estas alturas parece ingenuo y estas páginas, que hoy honran su memoria, confirman que lo escrito por Ángela sigue acompañándonos. Este es el privilegio de la verdadera poesía, finalmente victoriosa del olvido. Cambiarán los estilos y las modas, pero ese signo infalible del acierto poético que es el hallazgo de las palabras imprevistas y sin embargo consabidas es el regalo que el creador auténtico, y sólo él, sabe darnos. Por eso pervive el regalo poético de Ángela, de esas palabras suyas aún más poderosas por femeninas, más aceradas por tiernas, más personales por su resuelta decisión de moverse entre las lenguas y las mentes comunes. Releer sus *Obras completas* -felizmente recogidas en volumen todavía reciente- es transitar de unas a otras evidencias líricas y humanas. Desde el intimismo de sus emociones maternas a la expresión -también materna- de los dolores colectivos, hallaremos, además de sus certeras formas, el latido de su sincero, su enorme corazón.

*Los días duros*, tituló ella uno de sus libros. Que fueron, realmente los años duros. Y el más hondo testigo de años así es, siempre, la poesía. La gran reveladora; la que puede desmoronar por su solo empuje los más arraigados prejuicios y cambiar el tozudo lugar común por la transparencia de la verdad. Algo decisivo le debemos a Ángela al respecto: su impagable contribución a ese puente de compresiones -y de rectificaciones- que los más lúcidos procuraban tender entre escritores deplorablemente separados por el hachazo de la guerra. puente tan difícil, sobre todo, entre nosotros y nuestros compatriotas en el exilio el prólogo a la antología poética de otro admirable compañero de aquellos años escribí ya acerca del honrado paso dado en tal sentido, arrostrando seguras incomprensiones, por Max Aub en México, y aludí al tiempo a la nobilísima "rectificación" de León Felipe ante los poetas del interior, rectificación comentada a menudo desde entonces pero que debiera citarse más aún y recordar, siempre, que se debe a Ángela. Así se consigna justamente en la introducción que encabeza sus *Obras completas*, donde se relata cómo nuestra poetisa obtuvo con el convincente ejemplo de sus versos, al frente de su magnífica *Belleza cruel* aquellas maravillosas *Palabras* de León Felipe ante la nueva poesía que aquí se estaba creando; y donde se da cuenta asimismo de la carta - cuyo facsímil se incluye en el libro - que entregó Neruda a Ángela en 1957 para los poetas españoles, en la que se desdecía de anteriores desdenes y con la que venía a replantear el significado y el valor de los que, en España, habían resuelto no enmudecer.





Lo más despierto y sensible de nuestras letras de entonces había llegado a formar un combativo frente cultural, e insistir en que no lo había o en lo mediocre de sus esfuerzos entrañaba tremenda injusticia contra las pugnas literarias emprendidas dentro del país. Tan fuerte ha sido, sin embargo, ese prejuicio, que todavía es frecuente soportar la tosca simplificación sociológica que asevera la inexistencia de nada realmente meritorio entre lo nacido bajo la presión censora del franquismo. Pero cuando más se decía eso laboraban ya aquí, en viviente oposición cultural, los Otero, los Hierro, los Garciasol, los Celaya, los de Luis, tantos y tantos más. Y Ángela Figuera. Reconstructores todos del puente necesario, al que ella dotaría de sus dos claves de arco quizá más importantes; aportación que no había sido posible si ella misma no hubiera sido excepcional ejemplo de poesía sin trampa ni cartón.

De avanzada edad se nos ha muerto. ¿Borrada ya por otras novedades? Tal vez ella lo temiera en el ocaso de su vida. Pero ahora nos reunimos, supervivientes y voces nuevas, para afirmar que sus versos no mueren. Nuestra conmemoración no exhuma nada que el tiempo hubiese empezado a sepultar; corrobora la perduración de una obra válida para cualquier tiempo por haberse creado para el suyo en el seno imperecedero de la poesía.

No puedo recordar, pese a ello, aquellos años sin alguna melancolía. Más joven que Ángela, nacimos los dos a las letras casi a la vez. Y a mi segundo estreno teatral dedicó ella un inesperado y bellissimo poema cuya lúcida penetración me confortó más que otras pasajeras aquiescencias. Treinta y siete años han pasado, lo que resulta, al menos para mí, bastante melancólico. Mas no forzosamente triste. Desde la certidumbre de que la poesía de esta mujer singular pervive, siento aquella obra mía algo más perdurable en los versos que ella le dedicó. Por lo que le repito sin que me pueda escuchar ya, después de tan dilatadas luchas y esperanzas: gracias, Ángela.

(Del número 0 de Zurgai, "Dedicado a Ángela Figuera", Diciembre de 1987)